

mio Rómulo Gallegos, cuando se refirió al ingrato destino del poeta Carlos Oquendo de Amat, quien curiosamente reunía también las condiciones de político militante.

Toda esta evolución artística e intelectual, larga en otros escritores y muy breve en Vargas Llosa, puede medirse señalando cuáles eran sus metas en 1955 y 1959, en dos textos importantes publicados por él, uno al comentar el primer número de la revista *Cuaderno de composición* (en *El Comercio*, Lima, 21 de agosto de 1955) y otro al juzgar la trayectoria de Alejandro Romualdo («¿Es útil el sacrificio de la poesía?», en la revista *Literatura* n.º 3, Lima, agosto 1959), el joven poeta de mayor figuración por entonces y a la vez mentor de la «poesía revolucionaria», tendencia que nunca había sido bien vista, como suponemos, por el grupo de Sebastián, Loayza, Oquendo y Vargas Llosa, justamente quienes editaron ambas revistas, *Cuaderno de composición* (1955-57) y *Literatura* (1958-59).

En el primero, Vargas Llosa elogia con vivo entusiasmo todas las composiciones sobre el tema de la estatua (en cada número de la revista se proponía un determinado tema), escritas por sus compañeros de grupo, elogiando más que nada las virtudes de la prosa, aunque el tema fuera muy teórico, libresco, e inclusive tales elogios envuelven al mismo Romualdo; pero en el segundo, en un artículo duro y polémico, juzga como una decepción el que Romualdo haya abrazado en sus últimos libros el realismo social, en contraste con el buen poeta de sus primeros tiempos.

Pasemos a otro punto. Preguntémonos cuál era el panorama literario peruano en la década de los 50, a fin de descubrir si Vargas Llosa nació en un «yermo» o si aprovechó hábilmente los hallazgos de escritores que le antecedieron.

Como se ha dicho, coexistían por esa época figuras del indigenismo y las nuevas, con obra muy reciente. Respecto a la novela indigenista, años más tarde, Vargas Llosa la juzgó en general dentro de la por él llamada «novela primitiva», esto es, carente de los recursos técnicos y estilísticos del «boom», y dominada por el paisaje o por la «tierra». Sin embargo, en una segunda reflexión, reconoció a Ciro Alegría como a un «clásico» y destacó en adelante, de modo singular, la obra de José María Arguedas, valiosa por su autenticidad, por su apego al personaje mestizo, por traducir, sobre todo, la parte no occidental y difícilmente expresada del poblador andino. En ese sentido, Arguedas sería un ejemplo de honestidad, de amor a lo suyo y de conocimiento del indio y de sus manifestaciones culturales y artísticas. Con el tiempo, Arguedas le serviría para analizar también él la sociedad peruana, por encima de «defectos» como la carga ideológica excesiva en *El sexto* y en *Todas las sangres*<sup>17</sup> y la escasez de recursos técnicos. Para él, como para muchos, lo mejor de Arguedas está en *Los ríos profundos* y en varios de sus cuentos.

La nueva generación empieza a publicar relatos hacia 1950 (excepcionalmente «Una figurilla» aparece en 1948), en las revistas *San Marcos*, *Mercurio Peruano*, *Centauro*, *Letras Peruanas*, *Cultura Peruana*, y en los suplementos dominicales de *El Comercio* y *La Crónica*. El primer libro se lanza en 1953 (*Nahuín*, de Vargas Vicuña) y luego

<sup>17</sup> Como se sabe, Vargas Llosa ha escrito sendos prólogos a estas dos novelas: «"El Sexto" de José María Arguedas: La condición marginal», prólogo a *El Sexto* (Barcelona: Laia, 1974), y «Arguedas, entre la ideología y la Arcadia», prólogo a *Todas las sangres* (Madrid: Alianza/Losada, 1982).

viene el año muy fértil de 1954, cuando aparecen *Lima, hora cero*, de Congrains; *Náufragos y sobrevivientes*, de Sebastián Salazar, y *La batalla*, de Zavaleta, títulos a los cuales acompañan *Diamantes y pedernales*, de Arguedas, y *El hombrecillo oscuro*, de Porfirio Meneses, autor que ya no publicaría hasta 1975, con *Sólo un camino tiene el río*. A su turno, el libro de Arguedas simbolizó el reencuentro del escritor con su público, luego de trece años de silencio editorial, una vez superada la gran crisis psicológica, admitida por él mismo. Un año después, en 1955, aparecen la segunda edición de *Náufragos y sobrevivientes*, de Salazar; *Los gallinazos sin plumas*, de Ribeyro; *Kikuyo*, de Congrains; la novela corta *Los Ingar* y el cuento *El Cristo Villenas*, ambos por Zavaleta. En 1956 se publica en México, en la colección de Los Presentes, que dirige Juan José Arreola, la segunda edición de *El Cristo Villenas*, convertido ya en libro. Viene en seguida un año de intervalo, y por fin 1958 vuelve a ser fructífero: es la fecha de *Pobre gente de París*, de Salazar; *Cuentos de circunstancias*, de Ribeyro; *No una sino muchas muertes*, primera y única novela de Congrains; y *Unas manos violentas*, de Zavaleta. En 1960, Ribeyro publica también una novela, *Crónica de San Gabriel*; y finalmente en 1961 aparecen a la vez *Vestido de luto*, de Zavaleta; *Los inocentes*, de Reynoso; y *El avaro*, primer libro de Loayza.

He aquí la producción común del grupo, cuya mayoría de títulos antecede, como vemos, a 1959, fecha del primer libro de Vargas Llosa, *Los jefes*.

Las intenciones, influencias y frutos de los narradores del 50 son temas de un opúsculo que se publicara en Madrid,<sup>18</sup> en 1975. Pasados más de treinta años de los hechos, podemos quizá sintetizar sus principales objetivos:

1) Cambiar el foco de la narración, del campo a la ciudad, y dedicarse más bien al Perú integral, mestizo (en vez del país escindido de la escuela indigenista), actitud que se revela, por ejemplo, en la elección del tema de las barriadas por Congrains (1954), José Bonilla Amado y Luis Felipe Angell, a los que seguimos Ribeyro con *Los gallinazos sin plumas* y yo con «El muñeco». El influjo de este tema llegará a desbordarse en *La casa verde*, donde todo el Perú parece una inmensa barriada; en *Conversación en la catedral* los personajes más vigorosos y auténticos son los de abajo, los de vida marginal, ilegal o clandestina, y todos ellos se apartan de la «decencia» formal; y en *La guerra del fin del mundo*, la sociedad informal, los grupos nómadas, las tribus modernas unidas por el fanatismo han reemplazado ya a la sociedad establecida.

Otro tema de este mismo objetivo es el del mundo juvenil, que ofrece dos variantes: a) la descripción de las sensaciones y aventuras del adolescente, y b) la presencia de la *collera* o pandilla juvenil. Los personajes juveniles y aún infantiles de *La batalla* (1954), *Los gallinazos sin plumas* (1955), *El Cristo Villenas* (1955), *Los Ingar* (1955), *Cuentos de circunstancias* (1958) son similares a sus homólogos de *Los jefes* y *La ciudad y los perros*, con la diferencia de que en Vargas Llosa hay una intensificación de la agresividad adolescente; pero es una diferencia de grado, no esencial. Cada niño o adolescente es un luchador descubriendo la vida. Los narradores del 50, lo mismo que Vargas Llosa, se hallan fascinados por el misterio inicial y simbólico de las primeras experiencias del personaje, por las pruebas que debe superar a fin de ser un hombre. Son pe-

<sup>18</sup> Zavaleta, op. cit., ver nota 5.

queños héroes moldeados a golpes, como esculturas talladas en roca viva. Por último, no olvidemos que la *collera* aparece desnuda, obscena y feroz en *Los inocentes*, de Reynoso, dos años antes que en *La ciudad y los perros*.

2) El segundo objetivo es el asedio y revelación de la clase media, a la que hasta ahora no se habían dedicado sistemáticamente los escritores peruanos. Bryce afirma incluso que de ella provenían todos los nuevos escritores, y tiene razón. Al cambiar el escenario del campo a la ciudad, los narradores se dedican mayormente a pintar su propia clase: hogares angustiados por el dinero o por el afán de imitar a la burguesía; estudiantes que, por ser tales, facilitan un poder de observación interno y externo; empleados sin futuro; mujeres dominadas por el machismo; marginados, irónicamente puestos ante la ley o viviendo su tragedia de hambruna y penuria. Son numerosos los temas y personajes semejantes en la obra de Congrains, Sebastián y Ribeyro, por no citar la mía. La única excepción es la de Vargas Vicuña, dedicada casi exclusivamente a campesinos o a personajes marginales. Y por si ello fuera poco, aún Arguedas quedó fascinado por los personajes infantiles o juveniles, reiterando en *Diamantes y pedernales* (1954) los de sus primeros libros. He aquí en conjunto un antecedente natural para *Los jefes* y *La ciudad y los perros*.

3) Como tercer objetivo se da la elección del psicologismo en la descripción de la vida interior del personaje. El indigenismo, que nosotros hallamos en el pináculo del prestigio literario, exhibió una gran desventaja, la pobreza psicológica del personaje, el manierismo peligroso que a ratos se confundía plenamente con el costumbrismo. Y entonces los nuevos cuentistas y novelistas buscamos un enriquecimiento del personaje, una revelación de las varias capas de la personalidad. Pienso que ésta fue una de las mayores conquistas de la generación. Pero el psicologismo también traduce una profunda capacidad de observación de paisajes y hombres, al mismo tiempo que un cuidado especial por construir la atmósfera o «tono» general, y asimismo por manejar diestramente el diálogo. Hasta 1958, fecha en que cabe pensar en una influencia más o menos directa de la narrativa peruana sobre Vargas Llosa, esto es, hasta su segundo viaje a Europa, hay cuentos y novelas tanto de la nueva como de previas generaciones literarias peruanas, además de recientes y aplaudidas antologías como *La narración en el Perú* (1956) y *Cuentos peruanos contemporáneos* (1958), de Alberto Escobar, aparte de las publicadas por Luis Jaime Cisneros y Estuardo Núñez,<sup>19</sup> que forman un considerable bagaje del que no puede dudarse que abonó realmente el terreno, amplió el estrecho mirador indigenista, preparó el enriquecimiento del personaje, integró al paisaje en una comunión con el hombre (sin separarlos como antes) y facilitó el uso de un diálogo efectivo y preciso. Con estos antecedentes tenían que brotar en el nuevo terreno *La ciudad y los perros* y *Los cachorros*.

<sup>19</sup> En el apogeo de la generación del 50, en Lima se publicaron varias antologías del cuento, género en boga. Entre ellas, las ya citadas de Escobar y estas otras: *Cuentos peruanos, dos tomos* (Lima: Círculo de Novelistas Peruanos, 1955). Si bien no se dice el compilador fue el propio Enrique Congrains Martín, el inventor del Círculo; *Cuentistas modernos y contemporáneos, selección y prólogo de Luis Jaime Cisneros* (Lima: Patronato del Libro Peruano, 1957); y *Los mejores cuentos peruanos (tomo II), por Estuardo Núñez* (Lima: Patronato del Libro Peruano, 1958).